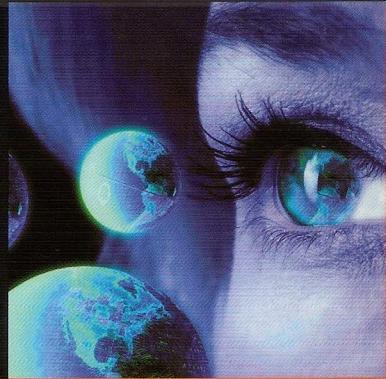


David Harvey

Espacios de esperanza



IV

La globalización contemporánea

Durante los últimos veinte años, la palabra «globalización» se ha convertido en un término clave para organizar nuestras ideas respecto a cómo funciona el mundo. Cómo y por qué ha llegado a desempeñar ese papel es en sí mismo un relato interesante. Aquí deseo, sin embargo, centrarme en las implicaciones teóricas y políticas del ascenso de dicho concepto. Comienzo con dos conjuntos generales de cuestiones para resaltar los que parecen ser importantes cambios políticos verificados en los discursos (aunque no necesariamente en las realidades) occidentales.

1. ¿Por qué ha entrado recientemente la palabra «globalización» en nuestros discursos de la manera en que lo ha hecho? ¿Quién la ha puesto ahí y por qué, y por medio de qué proyecto político? ¿Y qué importancia tiene el hecho de que incluso entre muchos «progresistas» e «izquierdistas» del mundo capitalista avanzado, palabras con mucha más carga política como «imperialismo», «colonialismo» y «neocolonialismo» hayan tomado cada vez más un asiento trasero para dejar el puesto al término «globalización» como forma de organizar las ideas y representar las posibilidades políticas?
2. ¿Cómo se ha usado el concepto de globalización políticamente? ¿Ha señalado la adopción del término una confesión de incapacidad por parte de los movimientos nacionales, regionales y locales de la clase obrera, o de otros movimientos anticapitalistas? ¿Ha actuado la creencia en el término como poderoso elemento disuasorio contra la acción política local e incluso nacional? ¿Se ha «vaciado de contenido» la forma de solidaridad hasta ahora representada por el Estadonación, como algunos afirman? ¿Son todos los movimientos de oposición al capi-

talismo dentro de los Estados-nación y las localidades engranajes tan insignificantes en la enorme e infernal máquina planetaria del mercado internacional que ya no hay espacio para la maniobra política en ninguna parte?

Contemplado desde estas perspectivas, el término «globalización» y todo su bagaje asociado está fuertemente cargado de implicaciones políticas que constituyen una mala señal para la mayoría de las formas tradicionales de política de izquierdas o socialista. Pero antes de rechazarlo o abandonarlo por completo, es útil echar un buen vistazo a lo que incorpora y a lo que podemos aprender, teórica y políticamente, de la breve historia de su uso.

1. LA GLOBALIZACIÓN COMO PROCESO

La globalización se puede contemplar como un proceso, una condición o un tipo específico de proyecto político. Estos enfoques distintos no son, como espero demostrar, mutuamente excluyentes. Pero propongo empezar considerándola como un proceso. Contemplarla de esta forma no supone que el proceso sea constante ni impide decir, por ejemplo, que el proceso ha entrado en una fase radicalmente nueva o avanzado hacia una condición particular o incluso «definitiva». Y tampoco «naturaliza» la globalización, como si se hubiese producido sin unos claros agentes que trabajan para promoverla. Pero adoptar el punto de vista del proceso nos hace concentrarnos en primer lugar en *cómo* se ha producido y se está produciendo la globalización.

Lo que vemos entonces es que algo similar a la «globalización» está presente desde hace tiempo en la historia del capitalismo. Ciertamente, desde 1492 en adelante, e incluso antes, la internacionalización del comercio estaba ya en marcha. El capitalismo no puede mantenerse sin sus «soluciones espaciales» (cfr. capítulo 2). Una y otra vez, ha recurrido a la reorganización geográfica (a la expansión y a la intensificación) como solución parcial a sus crisis y puntos muertos. El capitalismo, por lo tanto, construye y reconstruye una geografía a su propia imagen. Construye un paisaje geográfico específico, un espacio producido de transporte y comunicaciones, de infraestructuras y organizaciones territoriales, que facilita la acumulación durante una fase de su historia del capital que deberá ser derribado y reconfigurado para abrir camino a más acumulación en una fase posterior. Por lo tanto, si la palabra «globalización» significa algo acerca de nuestra geografía histórica reciente, es muy probable que sea una nueva fase de exactamente este mismo proceso subyacente de la producción capitalista de espacio.

No es mi intención revisar la vasta bibliografía que trata de los aspectos espaciales y geográficos del desarrollo capitalista y la lucha de clases (aun cuando dicha tarea fuese

factible). Pero sí considero importante reconocer una serie de tensiones y a menudo incómodos acuerdos para comprender, teórica y políticamente, la dinámica geográfica de la acumulación de capital y la lucha de clases. Cuando, por ejemplo, Lenin y Luxemburgo se enfrentaron acerca de la cuestión nacional, mientras se iba extendiendo la enorme controversia sobre la posibilidad de que el socialismo se diese en un solo país (o incluso en una ciudad), mientras la Segunda Internacional se congraciaba con el nacionalismo en la Primera Guerra Mundial y mientras el Komintern posteriormente vacilaba respecto a cómo interpretar su propio internacionalismo, tampoco el movimiento socialista/comunista consiguió jamás establecer, política o teóricamente, una explicación adecuada o satisfactoria sobre por qué la producción de espacio era parte integrante y fundamental de la dinámica de la acumulación de capital y la geopolítica de la lucha de clases.

El estudio del *Manifiesto comunista* (capítulo 2) presenta una fuente clave del problema. Porque aunque está claro que el intento burgués de establecer una dominación de clase era (y es) un asunto muy geográfico, la casi inmediata reversión en el texto a una explicación temporal y diacrónica es asombrosa. Resulta difícil, parece, ser dialéctico respecto al espacio, lo que hace que muchos marxistas sigan en la práctica a Feuerbach, en la idea de que el tiempo es «la categoría privilegiada del dialéctico, porque excluye y subordina, mientras que el espacio tolera y coordina» (Ross, 1988, p. 8). Hasta el término *materialismo histórico*, señalo, borra la importancia de la geografía, y si yo he luchado estos últimos años por implantar la idea de «materialismo histórico-geográfico» es porque el cambio de esa terminología nos predispone a observar con más flexibilidad y, espero, más convicción, el significado de clase que tienen procesos como la globalización y el desarrollo geográfico desigual (Harvey, 1996). Necesitamos formas mucho mejores de comprender, si no resolver políticamente, la tensión subyacente entre lo que a menudo degenera en una teleología temporal de triunfalismo de clase (ahora representada en gran medida por el triunfalismo de la burguesía, que declara el fin de la historia) o en una aparentemente incoherente e incontrolable fragmentación geográfica de clase y otras formas de lucha social en cada recoveco del mundo.

Desde Marx, por ejemplo, se han ofrecido diversas explicaciones sobre cómo ha estructurado el capitalismo su geografía (tales como la teoría del imperialismo planteada por Lenin, la posición del imperialismo como salvador de la acumulación capitalista, planteada por Luxemburgo, o la descripción que Mao hizo de las contradicciones primarias y secundarias en la lucha de clases). A éstas se han sumado explicaciones más sintéticas de la acumulación a escala mundial (Amin, 1974), la producción de un sistema-mundo capitalista (Wallerstein, 1974; Arrighi, 1994), el desarrollo del subdesarrollo (Frank, 1969, y Rodney, 1981), el intercambio desigual (Emmanuel, 1972) y la teoría de la dependencia (Cardoso y Faletto, 1979). Según se han ido extendiendo las ideas y

las prácticas políticas marxistas por el mundo (en un proceso paralelo de globalización de la lucha de clases), se han ido generando también innumerables crónicas locales/nacionales de resistencia a las invasiones, a las alteraciones y a los diseños imperialistas del capitalismo.

Tenemos que reconocer, por consiguiente, la dimensión y la base geográfica de la lucha de clases. Como sugiere Raymond Williams (1989, p. 242), la política está siempre inmersa en las «formas de vida» y en las «estructuras de sentimiento» peculiares de lugares y comunidades. La universalidad a la que aspira el socialismo tiene que construirse, por lo tanto, mediante la negociación entre diferentes exigencias, inquietudes y aspiraciones de cada lugar específico. También tiene que ver con lo que hemos llamado «particularismo militante». Con esta expresión Williams se refería:

Al carácter único y extraordinario de la autoorganización de la clase obrera [...] para conectar las luchas particulares con una lucha general de manera bastante especial. Se ha establecido, como movimiento, para hacer real lo que a primera vista es la extraordinaria afirmación de que la defensa y la mejora de ciertos intereses particulares, *adecuadamente unidos*, constituyen de hecho el interés general [la cursiva es mía].

Incluso las explicaciones temporales de la lucha de clases se hallan estrechamente vinculadas a la dimensión territorial. Pero no se ha puesto mucho empeño en justificar las divisiones geográficas en las que se basan dichas explicaciones. Tenemos, entonces, innumerables explicaciones del establecimiento de las clases trabajadoras inglesa, galesa, francesa, alemana, italiana, catalana, surafricana, surcoreana, etc., como si éstas fuesen entidades geográficas naturales. La atención se centra en el desarrollo de la clase dentro de un espacio circunscrito que, cuando se observa más de cerca, resulta ser un espacio incluido en el espacio internacional de flujos de capital, trabajo, información, etc., y que a su vez comprende innumerables espacios más pequeños, cada uno con sus propias características regionales o incluso locales. Cuando contemplamos de cerca la acción descrita en la magistral obra de Edward P. Thompson *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, por ejemplo, resulta ser una serie de acontecimientos enormemente localizados y a menudo vagamente unidos en el espacio. John Foster quizás haya convertido las diferencias en algo excesivamente mecánico en su propio estudio sobre *Class Struggle in the Industrial Revolution* pero es, pienso, innegable que la estructura de clases, la conciencia de clase y la política de clase en Oldham, Northampton y South Shields (léase Colmar, Lille, St. Etienne o Minneapolis, Mobile y Lowell) se construyeron e interpretaron de manera muy diferente, haciendo que las diferencias geográficas dentro del Estado-nación fuesen más importantes de lo que la mayoría estaría dispuesta a conceder.

Este modo acrítico de pensar sobre entidades políticas supuestamente «naturales» se perpetúa ahora en las explicaciones neomarxistas del capital (especialmente las inspiradas en la «teoría de la regulación»), que sugieren que hubiese una versión del capitalismo claramente alemana, británica, japonesa, estadounidense, sueca, singapuriana, brasileña, etc. (a veces descompuesta en ordenaciones más regionalizadas, como norte frente a sur en Italia, Brasil, Reino Unido...). Estos capitalismos específicos se interpretan entonces como entidades que compiten entre sí dentro de una economía espacial planetaria. Este concepto no se reduce, ni mucho menos, a la izquierda. Es un procedimiento establecido entre diversas posturas políticas el comparar diferentes capitalismos nacionales (japonés, nórdico, alemán, etc.) como si éstas fuesen entidades significativas.

Lo que yo sostengo aquí no es que estas distinciones nacionales o culturales sean incorrectas, sino que se supone con demasiada facilidad su existencia sin reunir ninguna prueba o argumento para ellas. Se consideran, por así decirlo, evidentes en sí mismas, cuando un somero análisis demuestra que son mucho más complicadas de lo que se supone o tan confusas y porosas como para resultar enormemente problemáticas. El concepto de «lugar» que Williams invoca resulta ser más complicado de lo que él había imaginado. El resultado es una clara línea de tensión en la mayoría de los estudios sobre los recientes cambios económicos y políticos. Por una parte, tenemos explicaciones sin espacio y geográficamente indiferenciadas (principalmente teóricas hoy en día, aunque también abundan versiones polémicas y políticas, sobre todo en representaciones de la derecha y conservadoras) que consideran la evolución capitalista simplemente como proceso temporal que avanza inexorablemente hacia un destino dado. En la tradicional versión de izquierda, la lucha de clases proporciona la energía al movimiento histórico que, como resultado (inevitable), avanza hacia el socialismo/comunismo. Por otra parte, tenemos estudios geográficos en los que las alianzas de clase (y esto incluye a menudo una clase obrera caracterizada por lo que Lenin tachó de conciencia sindical limitadora) se forman en unos lugares para explotar las alianzas de clase en otros (quizá con una burguesía *compradora* como agente). En este caso, el imperialismo (o, por el contrario, las luchas por la liberación nacional o la autonomía local) tiene la llave del futuro. Las dos explicaciones se consideran de alguna manera coherentes entre sí. De hecho, la justificación teórica para observar la explotación de una clase por otra como algo homólogo a la explotación de una alianza de clase en un lugar por otra nunca ha sido firme. Y la suposición de que las luchas por liberar espacios (por ejemplo, las luchas de liberación nacional) son progresistas en el sentido de la lucha de clases (de una burguesía naciente o de una clase obrera) no puede soportar un examen detenido. Hay numerosos ejemplos de luchas de clase y de liberación nacional que se confunden entre sí. ¿Cómo es posible, entonces, no confundir este problema?

Una de las cosas que señala el ascenso a la preeminencia del término «globalización» es una profunda reorganización geográfica del capitalismo, lo que hace que muchas de las premisas vigentes respecto a las unidades geográficas «naturales» dentro de la trayectoria histórica del capitalismo se vuelvan cada vez menos significativas (si es que alguna vez lo fueron). Nos enfrentamos, por lo tanto, a una oportunidad histórica de abordar la geografía del capitalismo, de ver la producción de espacio como un momento constitutivo dentro de (en oposición a algo derivativamente construido por) la dinámica de la acumulación de capital y la lucha de clases. Esto nos proporciona la oportunidad de emanciparnos del confinamiento en una espacialidad oculta que ha tenido el poder opaco de dominar (y a veces de confundir) la lógica de nuestro pensamiento y de nuestra política. También nos permite comprender con más exactitud cómo se entrecruzan tan a menudo la lucha de clases y la lucha entre lugares y cómo el capitalismo puede frecuentemente contener la lucha de clases a través de la ruptura geográfica y el control de dicha lucha. Estamos, entonces, mejor pertrechados para comprender las contradicciones espacio-temporales inherentes al capitalismo y, mediante dicha comprensión, conjeturar mejor sobre cómo aprovechar el eslabón más débil y explotar los peores horrores de la inclinación capitalista a la destrucción violenta aunque «creativa».

¿Cómo podemos, por lo tanto, seguir esta agenda, tanto teórica como políticamente?

Hay, por supuesto, innumerables signos de que existe una voluntad de aprovechar las implicaciones teóricas de las espacialidades cambiantes y de las reterritorializaciones. Una de las principales virtudes del libro de Deleuze y Guattari *El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*, por ejemplo, era señalar que la territorialización y la reterritorialización del capitalismo es un proceso continuado. Pero aquí, como en otros muchos análisis, la virtud de una reespacialización del pensamiento social se ha comprado al precio de rupturas parciales y a veces radicales con las formulaciones marxistas (tanto teóricas como políticas). En mi propia obra he intentado demostrar que hay formas de integrar las espacialidades en la teoría y la práctica marxista sin necesidad de trastocar las proposiciones fundamentales, aunque en el curso de tal integración surgen toda clase de modificaciones, tanto de la teoría como de la práctica. Permítaseme, por consiguiente, resumir algunas de las características principales de este argumento.

Comienzo con las proposiciones más sencillas que puedo encontrar. Ciertas tensiones están incluidas en el análisis materialista del proceso de circulación del capital y de la organización de los procesos de trabajo para extraer el plusvalor. Estas tensiones estallan periódica e inevitablemente como poderosos momentos de contradicción histórica y geográfica.

En primer lugar, el capitalismo está siempre sometido al impulso de acelerar el tiempo de rotación y la circulación del capital y, en consecuencia, revolucionar los horizontes temporales del desarrollo. Pero sólo lo puede hacer mediante inversiones a largo

plazo (por ejemplo, en el entorno construido, así como en elaboradas y estables infraestructuras de producción, consumo, intercambio, comunicación y similares). Por otro lado, una de las principales estrategias para evitar la crisis es absorber el capital sobreacumulado en proyectos a largo plazo (por ejemplo, las famosas «obras públicas» abordadas por el Estado en épocas de depresión) y esto ralentiza el tiempo de rotación del capital. Hay, en consecuencia, un extraordinario despliegue de contradicciones que se reúnen en torno a la cuestión del horizonte temporal dentro del que funcionan los diferentes capitales. Históricamente, y el momento actual no constituye una excepción, esta tensión se ha registrado principalmente a través de las contradicciones entre el dinero y el capital financiero (donde la rotación es ahora casi instantánea), por una parte, y los capitales comercial, productivo, agrario, de información, de construcción, de servicios y estatal, por la otra. Pero se pueden encontrar contradicciones entre fracciones (entre los mercados de divisas y de bonos, por ejemplo, o entre los terratenientes, los promotores de desarrollo urbanístico y los especuladores). Existen todo tipo de mecanismos para coordinar las dinámicas de capital que funcionan a diferentes ritmos temporales. Pero el desarrollo desigual de los tiempos de rotación y las temporalidades, del tipo producido por la reciente implosión de horizontes temporales en un poderoso sector financiero, pueden crear una inoportuna compresión temporal, profundamente estresante para otras fracciones del capital, incluida, por ejemplo, la personificada en el Estado capitalista. El horizonte temporal establecido por Wall Street no puede acomodarse sencillamente a las temporalidades de sistemas de reproducción social y ecológica de modo pertinente. Y ni que decir tiene que el rápido tiempo de rotación establecido en los mercados financieros es incluso más estresante para los trabajadores (su seguridad en el empleo, sus habilidades, etc.) y para el ámbito vital de la reproducción socioecológica. Este punto de tensión ha sido central para la economía política del capitalismo avanzado durante los últimos veinte años.

En segundo lugar, el capitalismo está sometido al impulso de eliminar todas las barreras espaciales, «aniquilar el espacio a través del tiempo» como dice Marx, pero sólo lo puede hacer mediante la producción de un espacio adaptado. El capitalismo produce, por lo tanto, un paisaje geográfico (de relaciones espaciales, de organización territorial y de sistemas de lugares vinculados en una división «global» del trabajo y de las funciones) adecuado a su propia dinámica de acumulación en un momento particular de su historia, sólo para tener que destruir y reconstruir ese paisaje geográfico y adaptarlo a la acumulación en una fecha posterior. Este proceso contiene diferentes aspectos.

1. Las reducciones en el coste y el tiempo necesarios para moverse en el espacio han sido un continuo centro de innovación tecnológica. Las autopistas, los canales, las vías férreas, la energía eléctrica, el automóvil, el transporte aéreo y la aviación

a reacción han liberado progresivamente el movimiento de las mercancías y de las personas de las limitaciones impuestas por la fricción de la distancia. Innovaciones paralelas en el sistema postal, el telégrafo, la radio, las telecomunicaciones e Internet han acercado ahora el coste de transmitir la información (aunque no de las infraestructuras y de los terminales) casi a cero.

2. La construcción de infraestructuras físicas susceptibles de facilitar este movimiento así como de apoyar las actividades de producción, intercambio, distribución y consumo ejerce una fuerza muy diferente sobre el paisaje geográfico. Cada vez más, el capital está incluido en el espacio como capital inmobiliario, capital fijado a la tierra, creando una «segunda naturaleza» y una estructura de recursos geográficamente organizada que progresivamente va inhibiendo la trayectoria del desarrollo capitalista. La idea de desmantelar de alguna manera las infraestructuras urbanas de Tokio-Yokohama o de la ciudad de Nueva York de la noche a la mañana y comenzar de nuevo es sencillamente ridícula. El efecto es que el paisaje geográfico del capitalismo se esclerotiza cada vez más con el tiempo, creando así una grave contradicción con la creciente libertad de movimientos. Esa tendencia se hace incluso más enfática, hasta el extremo de que las instituciones locales se vuelven más articuladas y las lealtades a lugares (y a sus cualidades específicas) se convierten en un significativo factor en la acción política.
3. El tercer elemento es el establecimiento de la organización territorial, principalmente (aunque no exclusivamente) los poderes estatales que regulan el dinero, el derecho y la política y monopolizan los medios de coerción y de violencia de acuerdo con una voluntad territorial (y a veces extraterritorial). Hay, por supuesto, innumerables teorías marxistas sobre el Estado, muchas de las cuales alcanzan un grado de abstracción poco saludable a partir de la historia y la geografía, haciendo parecer que Estados como el de Gabón o el de Liberia están a la par de los de Estados Unidos o Alemania, y sin reconocer que la mayoría de los límites estatales del mundo se trazaron entre 1870 y 1925. En Europa había más de 500 entidades políticas en 1500, las cuales se redujeron a 23 en 1920. En años recientes, el número ha aumentado a 50 o más, con amenaza de que se produzcan algunas secesiones más. La mayoría de los países del mundo no alcanzaron la independencia hasta 1945, y muchos de ellos andan desde entonces en busca del establecimiento de una nación (aunque esto ha sido históricamente tan cierto para Francia y México como lo ha sido recientemente de Nigeria o Ruanda). Si bien es cierto, por lo tanto, que el Tratado de Westfalia estableció por primera vez en 1648 el principio de que los Estados soberanos independientes, cada uno con su autonomía y su integridad territorial, deberían coexistir en el mundo capitalista, hicieron falta varios siglos (y bastante violencia) para completar ese pro-

ceso. Y los procesos que dieron lugar a ese sistema pueden disolverlo con la misma facilidad, como algunos comentaristas sostienen que se está produciendo con la entrada en funcionamiento de las organizaciones supranacionales (tales como la Unión Europea) y de los movimientos a favor de la autonomía regional dentro de los Estados-nación. En resumen, tenemos que comprender los procesos de formación y disolución del Estado en términos de procesos inestables de globalización/territorialización. Vemos, por consiguiente, un proceso de territorialización, desterritorialización y reterritorialización continuamente en funcionamiento a lo largo de la geografía histórica del capitalismo (éste fue uno de los puntos significativos que Deleuze y Guattari reforzaron en *El anti-Edipo: capitalismo y esquizofrenia*).

Armados con estos conceptos, creo que podemos comprender mejor que el proceso de globalización es un proceso de producción de desarrollo temporal y geográfico desigual. Y, como espero demostrar, ese cambio de lenguaje puede tener saludables consecuencias políticas, liberándonos del lenguaje más opresivo y restrictivo de un proceso de globalización omnipotente y homogeneizador.

2. RECIENTES CAMBIOS EN LA DINÁMICA DE LA GLOBALIZACIÓN

Teniendo esto en cuenta, permítaseme volver a lo que podría significar el término «globalización» y por qué ha adquirido un nuevo atractivo y, por lo tanto, se ha vuelto tan importante en épocas recientes. Sobresalen cuatro cambios:

1. La desregulación financiera empezó en Estados Unidos a comienzos de la década de 1970, como respuesta obligada al estancamiento que en aquel momento se producía en el ámbito interno y a la ruptura del sistema de Bretton Woods de comercio e intercambio internacionales (en gran medida debido al crecimiento descontrolado del mercado de eurodólares). Creo que es importante reconocer que la oleada de desregulación financiera fue más una concesión a la realidad que una estrategia deliberada ideada por el capital (aun cuando ciertos segmentos del capital se beneficiasen mucho más que otros). Bretton Woods había sido también un sistema planetario, de forma que lo que se produjo aquí fue un cambio de un sistema planetario jerárquicamente organizado y en gran medida controlado por Estados Unidos a otro sistema planetario más descentralizado, coordinado a través del mercado, y que hacía las condiciones financieras del capitalismo mucho

más volátiles. La retórica que acompañó a este cambio (que se produjo en una serie de pasos a partir de 1968, aunque principalmente entre 1979 y 1985) estuvo implicada en la promoción del término «globalización» como virtud. En mis momentos más desconfiados, pienso que fue la prensa económica la que nos cameló a todos (yo incluido) llevándonos a creer que la «globalización» era algo nuevo, cuando no era más que un ardid publicitario para aprovechar al máximo un ajuste necesario en el sistema financiero internacional. Coincidentemente, la prensa financiera lleva ahora un tiempo resaltando la importancia de la regionalización de los mercados financieros, siendo los bloques de poder obvios la esfera de coprosperidad japonesa, el TLCNA y la Unión Europea, a los que a veces se hace referencia como «la tríada». Incluso algunos partidarios de la globalización advierten de que la «reacción» contra la globalización, principalmente en forma de nacionalismos populistas, es algo que hay que tomar en serio y que la globalización corre peligro de convertirse en sinónimo de «tren sin frenos que causa estragos» (Friedman, 1996).

2. Las oleadas de profundo cambio tecnológico y de innovación y mejora de productos que se han extendido por el mundo desde mediados de la década de 1960 proporcionan un importante objeto de investigación de las recientes transformaciones de la economía mundial. Ha habido, por supuesto, otras muchas fases de innovación tecnológica en la larga historia del capitalismo. Las innovaciones tienden a agruparse (por una variedad de razones a menudo sinérgicas). Ciertamente hemos vivido un periodo de cambio concentrado en tiempos recientes. Pero lo que quizá sea más especial ahora es el ritmo y la velocidad de transferencia e imitación de la tecnología en diferentes zonas de la economía mundial. Parte de esto está relacionado con un comercio de armas mundial, pero la existencia de élites instruidas y científicamente formadas, capaces de adaptarse y absorber el conocimiento y la experiencia tecnológicos de cualquier parte y en cualquier parte, también tiene algo que ver con la rapidez con la que las nuevas tecnologías y productos se difunden por el mundo (el problema de la profusión nuclear es indicativo aquí). Por esta razón, muchos consideran la galopante innovación y transferencia tecnológica de hoy en día como la fuerza más singular y aparentemente imparable para promover la globalización.
3. Los medios y los sistemas de comunicaciones y, sobre todo, la denominada «revolución de la información» han producido ciertos cambios significativos en la organización de la producción y el consumo, así como en la definición de deseos y necesidades completamente nuevos. La suprema «desmaterialización del espacio» en el campo de las comunicaciones tuvo sus orígenes en el aparato militar, pero fue inmediatamente aprovechada por las instituciones financieras y el capi-

tal multinacional como medio para coordinar sus actividades instantáneamente en el espacio. El efecto ha sido formar un denominado «ciberespacio» desmaterializado en el que se podrían producir ciertos tipos de transacciones importantes (principalmente financieras y especulativas). Pero también hemos llegado a contemplar revoluciones y guerras en directo por televisión. El espacio y el tiempo de los medios y de las comunicaciones implosionó en un mundo en el que la monopolización del poder de los medios de comunicación se ha convertido en un problema cada vez mayor (a pesar de las proclamaciones de democratización libertaria a través de Internet).

La idea de que se ha producido una «revolución de la información» está poderosamente presente estos días y a menudo se considera el amanecer de una nueva era de globalización en la que la sociedad de la información es la reina suprema (véase, por ejemplo, Castells, 1996). Es fácil dar demasiada importancia a esto. La novedad de todo ello impresiona, pero también impresionó la novedad del ferrocarril y el telégrafo, el automóvil, la radio y el teléfono en su día. Estos ejemplos anteriores son instructivos, ya que, cada uno a su manera, cambiaron la forma de funcionamiento del mundo, las formas en que se podía organizar la producción y el consumo o dirigir la política y las formas en las que las relaciones sociales entre las personas se podían convertir, a una escala cada vez más amplia, en relaciones sociales entre las cosas. Y está claro que las relaciones entre trabajo y vida, dentro del lugar de trabajo, o en las formas culturales, están de hecho cambiando rápidamente como respuesta a la tecnología de la información. Es interesante que éste sea un componente clave del programa político de la derecha en Estados Unidos. La nueva tecnología, ha dicho Newt Gingrich (asesorado por Alvin Toffler, cuyo utopismo de derechas descansa por completo en la idea de una revolución de la información de «tercera generación»), es inherentemente emancipadora. Pero para liberar esta fuerza emancipadora de sus cadenas políticas es esencial llevar a cabo una revolución política que desmantele todas las instituciones de la sociedad industrial de «segunda generación»: la legislación estatal, el Estado del bienestar, las instituciones colectivas de negociación salarial y otras similares. Que ésta sea una versión vulgar del argumento marxista de que los cambios en las fuerzas productivas son los que dirigen las relaciones sociales y la historia es algo que nosotros no deberíamos perder de vista. Y tampoco deberíamos pasar por alto el tono fuertemente teleológico de esta retórica de derechas (quizá mejor captado en la famosa declaración hecha por Margaret Thatcher de que «no hay alternativa»).

4. Los costes y el tiempo necesarios para mover mercancías y personas también ha caído en uno de esos cambios que periódicamente han tenido lugar dentro de la

historia del capitalismo. Esto ha liberado todo tipo de actividades de anteriores limitaciones espaciales, permitiendo rápidos ajustes en la esfera de la producción, el consumo, las poblaciones, etc. Cuando se escriba la historia del proceso de globalización, este simple cambio en el coste de superar el espacio quizás se considere más significativo que la denominada revolución de la información *per se* (aunque ambas están íntimamente relacionadas en la práctica).

Quizá sea injusto tomar estos elementos por separado, porque al final probablemente sean las interacciones sinérgicas entre ellos las que tengan mayor importancia. La liberalización financiera no podría haberse producido, por ejemplo, sin la revolución de la información, y la transferencia de tecnología (que también se basó fuertemente en la revolución de la información) no habría tenido sentido sin una mayor facilidad de movimiento de mercancías y personas por todo el mundo.

3. CONSECUENCIAS Y CONTRADICCIONES

Estos cuatro cambios en el proceso de la globalización estuvieron acompañados de una serie de características importantes que quizás debieran considerarse derivadas de las fuerzas primarias en funcionamiento.

1. Las formas de producción y organización (especialmente del capital multinacional, aunque muchos pequeños empresarios también han conseguido nuevas oportunidades) han cambiado, haciendo un uso abundante de la reducción de los costes provocados por el movimiento de las mercancías y de la información. La producción extraterritorial que comenzó en la década de 1960 se ha generalizado repentinamente (ahora se ha extendido como una venganza hasta Japón, trasladándose la producción a China y otras áreas del sureste asiático). Siguieron la dispersión geográfica y la fragmentación de los sistemas de producción, las divisiones del trabajo y las especializaciones de las tareas, aunque a menudo en medio de una creciente centralización del poder empresarial a través de fusiones, absorciones o acuerdos de producción conjunta que trascendieron los límites nacionales. Las empresas, a pesar de que muchas todavía conservan una firme base en un país de origen (pocas son genuinamente transnacionales), tienen más capacidad para controlar el espacio, haciendo los lugares concretos mucho más vulnerables a sus antojos. El aparato de televisión planetario, el coche planetario se han convertido en un aspecto diario de la vida politicoeconómica. El cierre definitivo de la producción en un lugar y el inicio de la producción en algún otro se han

convertido en una historia familiar; operaciones de producción a gran escala se han movido cuatro o cinco veces en los últimos veinte años.

2. El trabajo asalariado en todo el mundo se ha dobrado en menos de veinte años (véase capítulo 3). Esto se debe en parte al rápido crecimiento de la población, pero también a la introducción de una parte cada vez mayor de la población mundial (especialmente las mujeres) en el trabajo asalariado, en zonas como Bangladesh, Corea del Sur, Taiwan y África, así como finalmente en el bloque de la antigua Unión Soviética y en China. El proletariado mundial es ahora mucho mayor que nunca (lo que, con toda seguridad, debería poner un férreo destello de esperanza en la mirada de todo socialista). Pero ha sido radicalmente feminizado. También está geográficamente disperso y es culturalmente heterogéneo y, por lo tanto, mucho más difícil de organizar en un movimiento sindical unido (cfr. capítulo 3). También está viviendo en conjunto, sin embargo, en condiciones de explotación mucho más duras que hace veinte años.
3. La población mundial también ha cambiado. Estados Unidos tiene ahora la mayor proporción de habitantes nacidos fuera del país desde la década de 1920, y aunque hay todo tipo de intentos de mantener fuera a la población (las restricciones son mucho más duras de lo que eran, por ejemplo, en el siglo XIX), la marea de movimientos migratorios parece imparable. Londres, París y Roma tienen muchos más inmigrantes que antes, lo que convierte la inmigración en una cuestión mucho más significativa en todo el mundo (incluido dentro del propio movimiento sindical) de lo que había sido antes (hasta Tokio está atrapada en el proceso). Por la misma razón, organizar a los trabajadores o establecer una política coherente de oposición al capitalismo, dada la diversidad étnica, racial, religiosa y cultural, plantean problemas políticos particulares que los Estados-nación en general y el movimiento socialista en particular no han encontrado fáciles de resolver.
4. La urbanización se ha convertido en hiperurbanización, especialmente después de 1950, y el ritmo de la misma se ha acelerado para crear una gran revolución ecológica, política, económica y social en la organización espacial de la población mundial. La proporción de la población global que vive en ciudades se ha doblado en treinta años y ahora observamos masivas concentraciones espaciales de población a una escala antes inconcebible. Se han formado ciudades y sistemas urbanos mundiales (como, por ejemplo, en toda Europa), que tienen efectos transformadores inmediatos sobre el funcionamiento de la economía política mundial. La ciudad y la región urbana se han convertido en entidades competitivas mucho más importantes dentro de la economía mundial, con todo tipo de consecuencias políticas y económicas.

5. La territorialización del mundo no ha cambiado simplemente debido al fin de la Guerra Fría. Quizá más importante ha sido el cambio en el papel del Estado, que ha perdido algunos de sus poderes tradicionales (aunque no todos) para controlar la movilidad del capital (especialmente el capital financiero y monetario). Las operaciones estatales, en consecuencia, han sido más firmemente disciplinadas por el capital-dinero y el sistema financiero que nunca. El ajuste estructural y la austeridad presupuestaria se han convertido en el nombre del juego, y el Estado ha sido reducido en cierta medida a desempeñar la tarea de encontrar formas de promover un clima económico favorable. La «tesis de la globalización» se ha convertido aquí en una poderosa herramienta ideológica para derrotar a los socialistas, los partidarios del Estado del bienestar, los nacionalistas, etc. Cuando el Partido Laborista británico se vio obligado a sucumbir a las exigencias del FMI de que hiciese cumplir la austeridad, quedó claro que había límites a la autonomía de la política presupuestaria nacional (una condición que los franceses ya habían tenido que reconocer después de 1981). El bienestar para los pobres se ha visto en general reemplazado, consiguientemente, por las subvenciones públicas al capital (Mercedes Benz ha recibido recientemente 250 millones de dólares de subvención –equivalente a 168.000 dólares por puesto de trabajo prometido– en un conjunto de medidas del Estado de Alabama para persuadir a la empresa de que se radique allí).

Pero nada de esto significa que el Estado-nación haya sido «vaciado», como afirman escritores como Ohmae (1995). Para hacer que funcione la ola de capitalismo contemporánea, el Estado tiene que penetrar incluso más profundamente en ciertos segmentos de la vida política y económica, y volverse en algunos aspectos aún más intervencionista que antes (el Thatcherismo fue en ciertos aspectos fuertemente intervencionista). De igual modo, el Estado-nación sigue siendo también una de las principales defensas contra el poder puro del mercado (como los franceses reiteran desde 1995). Es también un medio clave para defender las identidades étnicas y culturales y las calidades ambientales frente a la compresión espacio-temporal y la mercantilización planetaria. El Estado-nación es, por lo tanto, el principal centro de esa «reacción violenta» contra la globalización que apela al nacionalismo populista.

La reterritorialización no se ha detenido en el Estado-nación. Han proliferado las instituciones mundiales de gestión de la economía, el medio ambiente y la política, como también los bloques regionales (como el TLCNA y la Unión Europea) a escala supranacional, y también se encuentran fuertes procesos de descentralización (a veces mediante movimientos políticos a favor de la autonomía regional o, como en Estados Unidos, mediante un hincapié cada vez mayor en los dere-

chos de los Estados dentro del sistema federal). Se han definido nuevas formas locales y planetarias de relación y se ha producido un cambio decisivo en las escalas en las que se puede captar, organizar y gestionar la economía mundial.

6. Pero aunque cada Estado haya perdido parte de sus competencias, lo que yo denomino democratización geopolítica ha establecido nuevas oportunidades. Se ha hecho más difícil que un poder central ejerza la disciplina sobre otros y más fácil que los poderes periféricos se inserten en el juego competitivo capitalista. El poder del dinero es «nivelador y cínico». Pero, como Marx observa, enseguida surge una antinomia: aunque cualitativamente «la eficacia del dinero no tenía límites», los límites cuantitativos del dinero en manos de los individuos (y de los Estados) limitan o aumentan su poder social de manera importante. Dada la liberalización del sistema financiero, por ejemplo, era imposible impedir que Japón ejerciese su influencia como gran potencia financiera. Los Estados tenían que hacerse mucho más conscientes de su competitividad (un tema secundario en el argumento de la globalización que ha cobrado importancia). Los Estados competitivos podían obtener buenos resultados en la competencia planetaria, y esto a menudo significaba que los Estados que ofrecían bajos salarios y una fuerte disciplina laboral conseguían mejores resultados que los demás. El control de la fuerza de trabajo se convirtió, por lo tanto, en una cuestión ideológica vital dentro del argumento de la globalización, poniendo de nuevo a los argumentos socialistas tradicionales a la defensiva. Los territorios autoritarios y relativamente homogéneos, organizados sobre principios corporativistas –como Singapur, Hong Kong y Taiwan– han conseguido, irónicamente, unos resultados relativamente buenos en una era en la que el neoliberalismo y las libertades del mercado se convirtieron cada vez más en la norma. Había y hay, sin embargo, limitaciones a la posterior dispersión del poder económico capitalista entre los Estados-nación, dado que una autoridad central armada con competencias políticas y militares significativas (en este caso Estados Unidos) proporciona todavía un paraguas bajo el que puede mantenerse la dispersión selectiva del poder económico.
7. La «globalización» ha producido aparentemente un nuevo conjunto de problemas medioambientales y políticos globales. Digo «aparentemente» porque no está completamente claro si los problemas son realmente nuevos o si es más cuestión de que cada vez nos hemos hecho más conscientes de su existencia, mediante la propia globalización. El temor generalizado y episódicamente intenso, por ejemplo, ante los trastornos sociales provocados por el desequilibrio entre población y recursos –el espectro malthusiano, por así decirlo– lleva mucho tiempo con nosotros. Pero se ha producido un sentimiento creciente, especialmente desde la publicación en 1972 del celebrado informe del Club de Roma sobre Los

límites al crecimiento, de que la flexibilidad anteriormente aportada por el hecho de tener varias fronteras abiertas para el desarrollo económico, la migración, la extracción de recursos y la construcción de cuencas de contaminación se estaba acabando. El rápido crecimiento de la población mundial, el aumento de la contaminación y la generación de residuos, la degradación medioambiental y una forma de crecimiento económico realmente despilfarradora, si no directamente destructiva, con respecto al uso de los recursos tanto no renovables como renovables, han creado toda una serie de problemas planetarios. Añádase a eso el reconocimiento de que actividades a pequeña escala (tales como el uso local de diversos pesticidas como el DDT) podían tener consecuencias ecológicas generalizadas (a veces planetarias) o que la creciente escala del uso de combustibles fósiles han exacerbado el cambio climático, y que las pérdidas de hábitats y de biodiversidad se han acelerado, y está claro que la cuestión ambiental asumirá una preeminencia en los asuntos mundiales nunca antes experimentada. Hay, por así decirlo, una traducción de las cuestiones medioambientales tradicionales (por ejemplo, sobre problemas como la atmósfera limpia, la conservación del paisaje y de entornos saludables para vivir) de una escala francamente local (a menudo urbana o regional) a otra más planetaria.

8. Queda por analizar finalmente el espinoso problema de la relación existente entre los procesos básicos que he señalado y la conservación y producción de diversidades culturales, de formas de vida diferentes, de circunstancias lingüísticas, religiosas y tecnológicas particulares de los modos capitalistas y no capitalistas de producción, intercambio y consumo. De nuevo, constatamos que ha habido una larga geografía histórica de intervenciones, influencias y transferencias interculturales, pero la escala o la extensión de estos flujos (a juzgar por el volumen del flujo de información o la marcha de millones de turistas, por no hablar de instrumentos, mercancías y tecnologías por todo el mundo) sugiere que estamos asistiendo a una nueva fase de interpenetración cultural (caracterizada por la rapidez y la volatilidad) con importantes consecuencias para los modos de pensamiento y conocimiento. El problema resulta peliagudo, sin embargo, ya que es demasiado simplista considerarlo como un mero avance hacia la homogeneidad de la cultura planetaria mediante el intercambio de mercado. Hay abundantes signos de que se están produciendo todo tipo de movimientos en contra, que van desde la comercialización de la diferencia cultural como mercancía a las intensas reacciones culturales contra la influencia homogeneizadora de los mercados mundiales, pasando por las afirmaciones estridentes de la voluntad de ser diferente o especial. No hay, por supuesto, nada drásticamente nuevo en todo esto, salvo quizás el hecho desnudo de que el mercado planetario implica que apenas quedan

lugares fuera de la influencia mercantil. Los cambios del mapa de las culturas humanas avanzan a ritmo acelerado. La lucha por establecer una delimitación geográfica y las numerosas invenciones de tradición que se están produciendo indican que éste es un dinámico campo de actividad humana que avanza en direcciones un tanto impredecibles. Pero en mi opinión también es innegable que todo esto está siendo fuertemente impelido (si bien en diferentes direcciones) por los impulsos de la globalización capitalista.

4. LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

Se pueden plantear dos cuestiones generales respecto a estas tendencias. Aunque todo el mundo admitirá, creo, los cambios cuantitativos que se han producido, lo que realmente hace falta debatir es si estos cambios cuantitativos son suficientemente grandes y sinérgicos en conjunto como para ponernos en una era cualitativamente nueva del desarrollo capitalista que exija la revisión radical de nuestros conceptos teóricos y de nuestro aparato político (por no decir nada de nuestras aspiraciones). La idea de que éste es el caso viene señalada principalmente por todos los «pos» que vemos a nuestro alrededor (por ejemplo, posindustrialismo, posmodernidad).

¿Se ha producido, por lo tanto, una transformación cualitativa basada en estos cambios cuantitativos? Mi respuesta a esa pregunta es un «sí» con reservas, acompañado por la afirmación de que no se ha producido una revolución fundamental en el modo de producción y en las relaciones sociales correspondientes, y que si hay una verdadera tendencia cualitativa es hacia la reafirmación de los valores capitalistas de comienzos del siglo XIX unidos a la tendencia del siglo XXI a arrastrar a todos (y a todo lo que se pueda intercambiar) a la órbita del capital, al tiempo que se hace que grandes segmentos de la población mundial sean permanentemente superfluos en relación con la dinámica básica de la acumulación de capital. Aquí es donde entra en juego la poderosa imagen, admitida y temida por el capital internacional, de la globalización contemporánea como un «tren sin frenos que causa estragos». O, según resalta un contrariado conservador como John Gray (1998), aunque «la utopía del libre mercado planetario no ha incurrido en tantos costes humanos como el comunismo» quizás «con el tiempo llegue a rivalizar con él en el sufrimiento que infinge».

Si el argumento a favor de un cambio cualitativo limitado ha de tomarse en serio, la cuestión es cómo reformular la teoría y la política. Y es aquí donde el cambio léxico de «globalización» a «desarrollo geográfico desigual» que yo he propuesto tiene más que ofrecer. Las condiciones desiguales ofrecen abundantes oportunidades para la organización y la acción política. Pero también presentan dificultades particulares

(cómo, por ejemplo, hacer frente a las tensiones de la diversificación cultural o de las masivas desigualdades de renta verificables entre regiones ricas y pobres). Comprender tanto las potencialidades como las dificultades es crucial para la formulación de una política adecuada.

Es en este punto, sin embargo, donde se debe afrontar la cuestión de la globalización como proyecto geopolítico explícito. Hay, a este respecto, dos características principales que trabajan unidas para dar al reciente empuje hacia una mayor globalización su forma y tono distintivos. La primera es el contundente hecho de que la globalización es indudablemente el resultado de una cruzada geopolítica librada principalmente por Estados Unidos (con algunos aliados notables, como Gran Bretaña durante los años de Thatcher). Ésta ha sido, como sostendré más adelante (véase el capítulo 5), una cruzada utópica que cada vez más se ha ido ganando la crítica de radicales y conservadores por igual (cfr. la reciente alianza entre izquierda y derecha para atacar el papel del FMI en la regulación de las economías mundiales). Pero la globalización como proceso se centra desde 1945 en Estados Unidos. Simplemente no habría sucedido de la forma que lo ha hecho si Estados Unidos no hubiese funcionado a un tiempo como fuerza motriz y como agente supervisor de todo el proceso. Y esto ha significado también una cierta confusión entre las necesidades y los modos de funcionamiento específicamente estadounidenses (métodos y culturas empresariales, tradiciones de movilidad personal y consumismo, concepciones políticas de los derechos individuales, el derecho y la democracia) y las exigencias globales. Es difícil no comprender que a lo largo de los años Estados Unidos a menudo ha pensado localmente y actuado globalmente, con demasiada frecuencia sin siquiera saberlo. La respuesta a la pregunta «¿quién puso la globalización en la agenda?» es, por lo tanto, los intereses de clase capitalistas que operaban representados por la política exterior, militar y comercial estadounidense.

Pero Estados Unidos no habría sido capaz de imponer las formas de globalización que han llegado hasta nosotros sin el abundante apoyo de una amplia variedad de círculos y lugares. Muchas facciones de la clase capitalista mundial se sentían más o menos satisfechas con las políticas de Estados Unidos y de trabajar en el marco de la protección militar y jurídica estadounidense. En algunos casos, donde asumieron el control del gobierno, podían condicionar su apoyo, aunque a menudo con bastante ingenio local (la Francia de De Gaulle viene aquí a la mente) para que pareciese que se estaban resistiendo a la expansión general de las relaciones sociales capitalistas promovidas por Estados Unidos. En otros casos, el más notable el de Japón, se respondió a la globalización y se gestionó ésta de forma específica, para crear un modelo de desarrollo económico que compitiese con el estadounidense. Pero incluso en este caso había una amplia aceptación del argumento de que la globalización era necesaria para la supervivencia

nacional. El caso japonés no fue único, sin embargo. Y en cierto sentido es importante ver cómo se ha construido la globalización, en parte mediante una amplia variedad de agentes (especialmente los gobiernos de los Estados-nación) que pensaban localmente y actuaban globalmente, igual que hacia Estados Unidos en su papel de potencia hegemónica que dirigía todo el proceso.

El aspecto crucial de todos estos cambios para la izquierda es que la posición relativamente privilegiada de las clases trabajadoras en los países capitalistas avanzados se ha visto muy mermada en relación con las condiciones de trabajo imperantes en el resto del mundo (esta transición se ve mucho más claramente en el resurgimiento de los centros de trabajo en los que se superexploita al trabajador [*sweatshops*] como forma fundamental de organización industrial en Nueva York y Los Ángeles en los últimos veinte años). El aspecto secundario es que las condiciones de vida vigentes en el capitalismo avanzado han sido las más castigadas por el poder capitalista de «destrucción creativa», que conduce a la extrema volatilidad de las perspectivas económicas locales, regionales y nacionales (la ciudad que este año ha experimentado un mayor auge se convertirá en la región deprimida del próximo año). La justificación neoliberal de todo esto es que la mano oculta del mercado trabajará en beneficio de todos, siempre que haya tan poca interferencia estatal (y deberían añadir –aunque normalmente no lo hacen– capacidad monopolística) como sea posible. El efecto es que la violencia y la destrucción creativa del desarrollo geográfico desigual (mediante, por ejemplo, la reorganización de la producción) se sienten tanto en los centros tradicionales del capitalismo como en otras partes, en medio de una extraordinaria tecnología de la riqueza y de un conspicuo consumo que instantáneamente se comunica por todo el mundo como un potencial conjunto de aspiraciones. No es de extrañar que hasta los promotores de la globalización tengan que tomarse en serio la posibilidad de un contragolpe. Como dicen antiguos promotores de la globalización como Klaus Schwab y Claude Smadja, organizadores del influyente simposio de Davos (citado en Friedman, 1996):

La globalización económica ha entrado en una fase crítica. La creciente reacción contra sus efectos, especialmente en las democracias occidentales, amenaza con tener un impacto negativo en la actividad económica y la estabilidad social de muchos países. El ambiente en estas democracias es de impotencia y ansiedad, y eso ayuda a explicar el ascenso de un nuevo tipo de políticos populistas. Esto puede fácilmente convertirse en revuelta.

En 1999, Schwab y Smadja (1999) buscaban todavía urgentemente formas de dar a la globalización un rostro humano. Apelando a una retórica que recuerda en ciertos aspectos a la de los zapatistas (véase más adelante), escriben:

Debemos demostrar que la globalización no es simplemente una palabra clave para centrarse exclusivamente en el valor del accionista, a expensas de cualquier otra consideración; que la libre circulación de mercancías y capital no se desarrolla en detrimento de los segmentos más vulnerables de la población y de determinados criterios sociales y humanos aceptados. Necesitamos idear una forma de evitar el impacto social de la globalización, que no sea ni la expansión mecánica de los programas de asistencia social ni la aceptación fatalista de que aumentará la división entre los beneficiarios de la globalización y aquellos incapaces de reunir las competencias y cumplir los requisitos de integración en el sistema global.

O, como concluye John Gray (1998, p. 207):

No estamos al borde de la era de plenitud que los partidarios del libre mercado proyectan, sino de una época trágica en la que las anárquicas fuerzas del mercado y la disminución de los recursos naturales convierten a los Estados soberanos en rivales cada vez más peligrosos. [...] La competición en el mercado planetario y la innovación tecnológica han interactuado para darnos una economía mundial anárquica. Dicha economía está destinada a convertirse en escenario de grandes conflictos geopolíticos. Thomas Hobbes y Thomas Malthus son mejores guías para el mundo creado por el *laissez faire* planetario que Adam Smith o Friedrich von Hayek; un mundo de guerra y escasez al menos en la misma medida que las benévolas armonías de la competencia.

Que un comentarista conservador de este tipo acabase exactamente en la misma posición analítica derivada de Marx (cfr. mi propio libro *The Limits to Capital*, capítulos 12 y 13, o Greider, 1997) es, por supuesto, intrigante.

En la actualidad se están estableciendo poderosas corrientes de reacción contra la globalización del libre mercado (cfr., por ejemplo, los escritos de un eminentemente especulador/financiero capitalista como George Soros, 1996).

El movimiento socialista tiene que decidir cómo aprovechar estas posibilidades revolucionarias. Tiene que contrarrestar los múltiples nacionalismos populistas de derechas (como el promovido por Pat Buchanan en Estados Unidos) a menudo marcados por llamamientos directos a un fascismo localizado (Le Pen en Francia o la Liga Lombarda en Italia). Tiene, como mínimo, que centrarse en la construcción de una sociedad alternativa socialmente justa y ecológicamente sensible. Para hacer esto con eficacia, sin embargo, debe aceptar las condiciones de globalización actualmente existentes y el creciente coro de peticiones para reformarla y controlarla. Sobre todo, debe aprender a controlar las poderosas oleadas de desarrollo geográfico desigual que hacen tan precaria y tan difícil la organización de base y popular. Si

los trabajadores de todos los países se unen para combatir la globalización de la burguesía (véase capítulo 3), también se deben encontrar formas de ser tan flexibles en el espacio, en lo que se refiere a teoría y a práctica política, como ha demostrado ser la clase capitalista.

Hay una forma útil para empezar a pensar en esto. Pregúntese primero: *¿dónde* se puede encontrar la lucha anticapitalista? La respuesta es que en todas partes. No hay ninguna región del mundo en la que no se puedan encontrar manifestaciones de ira y descontento con el sistema capitalista. En algunos lugares, o entre algunos segmentos de una población, los movimientos anticapitalistas están firmemente implantados. En todas partes se pueden encontrar «particularismos militantes» (retomo la expresión de Raymond Williams) localizados, desde los movimientos milicianos de los bosques de Michigan (buena parte de ellos violentamente anticapitalistas y contrarios a las grandes empresas, además de racistas y segregacionistas) hasta movimientos de países como México, India y Brasil que militan contra los proyectos de desarrollo del Banco Mundial, o los innumerables «levantamientos contra el FMI» que han tenido lugar en todo el mundo. La lucha de clases se expresa por doquier, inclusive en los centros de la acumulación capitalista (tales como los extraordinarios brotes de militancia que tuvieron lugar en Francia durante el otoño de 1995 y la victoriosa huelga de trabajadores de UPS convocada en 1997 en Estados Unidos).

Los intersticios del desarrollo geográfico desigual ocultan un verdadero fermento de oposición. Pero esta oposición, aunque militante, a menudo sigue siendo particularista (a veces extremadamente particularista) y a menudo amenaza con fusionarse en torno a movimientos políticos partidarios de la exclusión y de tendencia populista y nacionalista. Decir que es una oposición anticapitalista, por lo tanto, no significa que sea necesariamente pro socialista. Los sentimientos anticapitalistas de base amplia carecen de organización y expresión coherentes. Los pasos de un movimiento de oposición o de protesta pueden confundir y a veces frenar los de otro, haciendo que a los intereses de clase capitalista les resulte demasiado fácil dividir y controlar a su oposición.

Una de las virtudes históricas del marxismo ha sido su empeño en sintetizar las diversas luchas, con objetivos divergentes y múltiples, en un movimiento anticapitalista más universal. La tradición marxista ofrece aquí una inmensa contribución, porque ha sido la primera en establecer las herramientas con las que encontrar los puntos comunes dentro de las multiplicidades y las diferencias (aun cuando, a veces, haya estado demasiado dispuesta a sumergir las segundas en las primeras). El trabajo de síntesis de las múltiples luchas que existen actualmente tiene que ser continuado, ya que los campos y terrenos sobre los que se dan estas luchas y las cuestiones que suscitan cambian perpetuamente, de la misma forma que cambian

la dinámica capitalista y las condiciones globales correspondientes. La frase de Raymond Williams referente a «la defensa y el avance de ciertos intereses particulares, *adecuadamente unidos*» para cimentar «el interés general» indica, pues, la principal tarea que hay que abordar. Inspirándome en dicha tradición, intentaré extraer una serie de argumentos que parecen especialmente aplicables a la actual coyuntura.